

Libertad o autosacrificio: el conflicto ético en la construcción de los personajes
Pedro Claver y Alonso de Sandoval en la novela *La ceiba de la memoria*¹

Andrea Perneth Montañez²
aperneth@eafit.edu.co

Resumen

En *La ceiba de la memoria*, novela histórica del colombiano Roberto Burgos Cantor, los acontecimientos recreados así como las reflexiones explícitas en el discurso de los personajes, ofrecen un valioso escenario para el análisis del conflicto entre misticismo y razón. En especial, el conflicto entre el autosacrificio y el abandono de la razón, en el personaje Pedro Claver y la racionalidad de Alonso de Sandoval en su batalla por la libertad de los hombres. En este texto, los principios éticos objetivistas de la filósofa estadounidense Ayn Rand serán la guía para seguir las huellas de ese conflicto milenar.

Palabras clave

Ética, libertad, novela histórica, objetivismo, razón

Freedom or self- sacrifice: the ethic conflict in the construction of Pedro Claver and Alonso de Sandoval, characters in the novel *La ceiba de la memoria*

Abstract

In *La ceiba de la memoria*, a historical novel written by the colombian writer Roberto Burgos cantor, the events as well as the reflections portrayed in the characters' speech show an enriching scenery that leads to the analysis of the mysticism and reason. On one hand, Pedro Claver's conflict between his self-sacrifice and his overlooking of reason, on the other, Alonso Sandoval's rationality in his struggle for men's freedom. This text will follow the traces of this millenary conflict based on the ethic-objective principles from the American Philosopher Ayn Rand without leaving aside some important concepts of the historical novel.

Key words

Ethics, historical novel, objetivism, reason

¹ Artículo presentado como requisito para optar al título de Magíster en Hermenéutica Literaria, Escuela de Ciencias y Humanidades, Universidad Eafit.

² Licenciada en Informática y Medios Audiovisuales. Docente vinculada al grupo de investigación Didáctica y Nuevas Tecnologías de la Universidad de Antioquia.

Creo entender ahora que la desgracia tiene continuidad y que ella unida a la ilusión de ser vencida da lugar a buenos relatos.
Burgos Cantor, 2010: 91

A modo de introducción

En *La ceiba de la memoria* la esclavitud es un acontecimiento histórico que se recrea, no con la intención de reproducirlo fielmente dando cuenta de las circunstancias sociales, políticas o culturales que lo hicieron posible, sino con el propósito de actualizar la reflexión en torno a ciertas preguntas y características esenciales de la condición humana.

Un valioso referente para acercarnos al estudio de la libertad, como una de las características esenciales de la condición humana, es la propuesta filosófica de la escritora estadounidense Ayn Rand (1905-1982). El sistema filosófico que ella denominó objetivismo, enmarca una propuesta ética fundada en “la libertad como requerimiento político básico de la vida del hombre [...]. ‘Libertad’, en este contexto, significa el poder de un individuo de actuar de acuerdo con su propio juicio, mientras respeta el mismo derecho en los otros” (Peikoff, 1977: 1). En la propuesta de Rand es notable, en consecuencia, el desarrollo de la oposición entre misticismo y razón. Entendido el misticismo como el predominio de explicaciones más allá de los hombres, y la razón como posibilidad de cuestionar la existencia y establecer reflexiones válidas para comprenderla. En términos de Rand (1980b: 1) “el conflicto entre razón y misticismo es el conflicto entre vida y muerte, libertad o esclavitud, progreso o brutalidad paralizadora”. Para ella: “La libertad y la razón son corolarios. Su acción es recíproca. Cuando los hombres son libres triunfa la razón, cuando los hombres son racionales la libertad se impone” (Rand, 2006: 20).

Actualizar las preguntas por la libertad de los hombres -en contraste con el sufrimiento, el comercio de esclavos, las imposiciones religiosas y las prohibiciones literarias- es la apuesta de la novela *La ceiba de la memoria*. Estas

preguntas componen un “fresco literario [...] adherido a la indagación ética del mal” (Montoya, 2009: 144) y es allí justamente donde cobra valor la propuesta filosófica de Rand. Su mirada ética en torno al individuo -la defensa de la vida y la libertad- y su oposición a cualquier modo de sacrificio e infamia humana.

En el marco de estas preguntas éticas, interesan los cuestionamientos y las reflexiones explícitas en el discurso de Pedro Claver y Alonso de Sandoval, personajes que por su notable verosimilitud histórica y por la resonancia de sus voces en la narración, son más pertinentes para el abordaje de la relación entre historia y literatura.

Realidad y ficción: una aproximación desde la novela histórica

Desde el surgimiento de la novela histórica, realidad y ficción son conceptos que han estado en el centro de las más acaloradas discusiones literarias. Basta observar cómo los cambios en las características de la novela histórica suscitan tendencias que marcan notablemente las concepciones precedentes, influenciando estilos posteriores. Tal es el caso, por ejemplo, de la novela scottiana. Según Lukács (1937:19):

Los rasgos típicamente humanos en que se manifiestan abiertamente las grandes corrientes históricas jamás habían sido creadas con tanta magnificencia, nitidez y precisión antes de Scott. Y ante todo, nunca esta tendencia de la creación había ocupado conscientemente el centro de la representación de la realidad.

Como vemos, para la novela de Scott es esencial la realidad histórica. La literatura cobra validez en tanto pueda reafirmar los acontecimientos de una época pasada - pero no sólo con el fin épico o romántico de representar- sino sobre todo, y a partir de esa representación, favorecer una mayor comprensión del presente. Para el caso de Scott, un presente que oscila entre las ideologías humanistas del progreso y una crítica al naciente capitalismo británico. El libro de Lukács (1937) desarrolla ampliamente la naturaleza de esta crítica. Ahora veamos cómo operan para el caso de Burgos Cantor las relaciones entre el presente y el pasado de la historia.

La ceiba de la memoria se inscribe en una concepción según la cual la ficción y como tal la novela histórica “no sólo reconstruye el pasado, sino que, en muchos casos, lo ‘inventa’ al darle una forma y un sentido” (Ainsa, 2003:25). Burgos Cantor no sólo reconstruye el pasado de una humanidad que se desgasta en la reiteración de sus infamias, sino que inventa una nueva forma de pensar la condición humana; desde la aproximación a sus desgracias y sus batallas por recuperar la vida; desde el recuerdo de lo que se es más allá del tiempo y las palabras, y desde las formas que llevan a la humanidad, una y otra vez, a la preeminencia de las preguntas, sobre todo a aquellas que indagan por el sentido de una existencia que huye ante el horror de las circunstancias.

“Novela de la incertidumbre, *La ceiba de la memoria* se edifica a partir de la desconfianza en la visión autoritaria y en todo tipo de absolutismo, pero también en la necesidad de una aproximación a la realidad que deje una huella” (Castillo, 2009: 242). En la poética de Burgos, los límites entre el presente y el pasado de la historia se desdibujan tras las huellas que la realidad histórica ha dejado en cada uno de los personajes recreados, pero a su vez, tras los quiebres que suponen sus voces en el entendimiento del pasado.

Es innegable, en consecuencia, la transformación de nuestra percepción de la historia a partir de la lectura de la novela. La observación en primer plano de las sociedades que *La ceiba de la memoria* recrea a través de las particulares voces de sus personajes, los diferentes momentos históricos en los cuales se enmarcan esas sociedades y sus respectivas esclavitudes (la trata de los negros etíopes y el holocausto de los judíos, el marco de los siglos XVII y XX, la colonia española, los asentamientos portugueses en las indias y los despojos de la segunda guerra mundial), suscitan nuevas formas de aproximación a esos siglos de dolor y desgracias. Así, la eficacia de ese efecto o transformación no radica en la rigurosidad del tiempo de los acontecimientos, sino en el interés por la vida de quienes padecieron tales circunstancias. La palabra histórica que nombra lo abstracto -el concepto esclavitud y sus representaciones-, es superada por la novela que encarna en los

cuerpos de los personajes la vivencia del dolor y la tiranía. Como afirma Castillo (2009: 242), *La ceiba de la memoria*, “novela histórica prácticamente sin fechas [...] supera de manera lúcida el escollo de la hagiografía y es simultáneamente una detenida y aguda meditación acerca de la libertad”.

De acuerdo con una de las variantes de la relación entre historia y literatura señaladas por Ainsa (2003:42), en la historia juega un papel importante la vida privada de los personajes, “su vida secreta, el develamiento de su intimidad”; mientras que la literatura “fija los signos de una marca emblemática de la historia” (Ainsa, 2003:25). En la novela de Burgos Cantor esos signos se fijan a partir del develamiento de la intimidad de los personajes, sus recuerdos y sus voces. Thomas Bledsoe y Roberto Antonio, por ejemplo, son personajes que develan la barbarie de una humanidad que se reitera en la ejecución de sus desgracias. En el primer caso, Thomas Bledsoe investiga el pasado de Pedro Claver y devela la infamia de la esclavitud, los abusos a los negros en la Cartagena de Indias de finales del siglo XVII, las vidas destruidas, el sacrificio de los cuerpos, la violencia del lenguaje y la despiadada imposición de las ideas. Roberto Antonio, por su parte, viaja a Auschwitz y revela con estupor los incontables rostros de una desgracia que no termina.

Las voces de estos personajes, y otros que no exploraremos en este texto, permiten observar la marca que ha dejado la infamia en la historia de los hombres. Comprendemos así, retomando al escritor y estudioso de la novela histórica Fernando Ainsa (2003: 29), que “las ‘formaciones discursivas’ de la historia o de la narrativa, son dos modos de mediación con la realidad, no antitéticos, sino complementarios” y que “por amplias que sean sus diferencias [...] ambas coinciden en su intento por comprender la condición del hombre, a través de sus posibilidades concretas de vida” (Luis Villoro citado en Ainsa, 2003: 31).

Las voces de Pedro Claver y Alonso de Sandoval

Alonso de Sandoval y Pedro Claver ofrecen un valioso panorama para abordar la confluencia entre el discurso histórico y la ficción novelesca. Por ser figuras relevantes a los intereses de la historia están a nuestro alcance algunos estudios³ de los que podemos tomar nota para observar paralelismos, transformaciones y cruces entre el pasado histórico y los sucesos en *La ceiba de la memoria*.

En el estudio *Sobre las ediciones y características de la obra de Alonso de Sandoval*, Restrepo (2005: 14) describe el estado lamentable de los trabajos sobre el autor jesuita:

Algunos simplemente traen citas en contextos de argumentación que evidencian no sólo el desconocimiento de la obra, sino que adolecen de un ingenuo «presentismo histórico» -esto es, se proyectan sobre la obra de Sandoval categorías que constituyen el sentido común del presente sin mayor reflexión sobre su historicidad y pertinencia.

Lo que éste autor critica es precisamente una de las características que sobresalen en la novela de Burgos Cantor: la “frecuente presencia de la modernidad, es decir, de la intromisión del propio tiempo del autor en el pretérito tiempo recreado” (Montoya, 2009: 142). No obstante, esta presencia de Burgos, lejos de proyectar sobre la obra de Sandoval categorías poco pertinentes o carentes de reflexión, encarna un profundo acercamiento a las preguntas sin resolver en la obra del sacerdote: Sandoval no toma partido en asuntos cruciales y silencia críticas y conclusiones que esperaríamos escuchar de él. En el caso de la esclavitud, por ejemplo, dice lo siguiente:

Dejaré la determinación de su justificación a los Doctores, que tan docta y acertadamente han escrito cerca de este punto, ayudando yo a su intento con solos ejemplos, y particulares casos, de donde el prudente, discreto, y docto verá claramente la verdad de sus conclusiones (Sandoval, 1627, citado en Restrepo, 2005: 13).

³ En el caso de Sandoval su obra “empieza a ser objeto de escrutinio por historiadores y antropólogos desde la segunda mitad del siglo XX” (Restrepo, 2005: 15).

Burgos ficcionaliza, quizá a partir de esa circunstancia, el pensamiento del jesuita. Tomándose la libertad para describir la forma en que Alonso de Sandoval escribió su obra, y en esto es muy cercano a declaraciones hechas por Sandoval (véase el estudio realizado por Restrepo, 2005), pero también para argüir los motivos de sus silencios. En estrecha relación con el discurso de la historia, el narrador describe:

A Usted no le interesará polemizar, como ya lo hizo en su libro *De Instauranda Aethiopum Salute*. Le gustará describir hechos, realidades, conductas. Preguntará a los navegantes, a los doctrineros, a los esclavos, a los comerciantes, a los dueños de negros, al Rector del colegio de la Compañía en la isla de Cabo Verde, a los tratantes (Burgos Cantor, 2010: 100).

En contraste con el autor jesuita descrito por los historiadores, el personaje de Burgos toma partido en asuntos cruciales. Es él quien “dejará sin pretextos las justificaciones interesadas de aquellos que derivan beneficios” (Burgos, 2010: 100); quien “considerará que éste será el instante preciso de las preguntas” (Burgos, 2010: 102) y quien finalmente escribirá, ya no un tratado para restaurar almas, sino un libro “que surge de una batalla con lo que no se dice, con la saña que [...] extirpa la misericordia y deja al mundo suelto a la porquería de sus infamias” (Burgos, 2010: 101).

En su tratado *De Instauranda Aethiopum Salute*, “publicado por vez primera en 1627”, Sandoval hace énfasis en el desarrollo de una “tecnología misional enfocada en restaurar la salvación de los negros” (Restrepo, 2005: 4). Las palabras, en el tratado de Sandoval y en la novela de Burgos Cantor, son dos formas de aproximarse a la salvación, apaciguar la desgracia, el dolor de los negros, el sufrimiento de los judíos, y más allá de ellos, la indignación humana. Indignación cada vez que pensamos en el abandono de los cuerpos ante la desgracia irreparable de la tortura y la muerte. En los “gritos de delirio y sollozos de desesperanza” de los negros. En sus “cuerpos tirados en las calles y en los atrios de los templos [...] cubiertos por una masa compacta de moscas en ebullición”. Y en sus polifónicas voces, “salmodia ininteligible en el significado de las palabras pero desgarradora en la intensidad del dolor” (Burgos, 2010: 18-23).

Por otro lado, la santificación de Pedro Claver, “suceso que tuvo lugar en 1888, a más de doscientos años de su muerte” (Splendiani citado en Restrepo, 2005: 16), otorga a su nombre una gran resonancia en el universo de representaciones colectivas sobre un pasado nacional colombiano y una Cartagena de Indias que oscila entre el resplandor de lo heroico y la sombra de la barbarie.

Presentar el análisis del personaje histórico Pedro Claver, a partir de la ficcionalización realizada por Burgos Cantor en la novela *La ceiba de la memoria*, es el propósito del siguiente apartado.

Pedro Claver: el Siervo de los esclavos

El altruismo, considerado una virtud por el personaje que nos ocupa, encuentra en Rand (1980a: m7)⁴ la siguiente oposición:

No es ninguna virtud ser miserable o sacrificarse por otros. Es una virtud lograr la felicidad porque es un logro difícil que exige que seas consistente, demanda racionalidad, y no es en absoluto fácil de lograr; pero es enormemente fácil abandonar y sacrificarte, sobre todo si hay recaudadores de tales sacrificios a todo tu alrededor

En el presente análisis es capital la distinción entre altruismo y racionalidad. Nos interesa mostrar la relación entre los principios éticos altruistas que orientan la vida de Pedro Claver y el estado de deterioro e irracionalidad al que llega su existencia: la negación de su propia vida, el autosacrificio y la entrega servil a los esclavos negros. Veamos uno por uno estos aspectos.

Negación de la vida. Pedro Claver «se dio cuenta, con una clarividencia de nitidez indiscutible, de que el mal de los males, el pecado mayor, lo cargaban los amos, dueños recientes de bienes ajenos y vidas» (Burgos, 2010: 61). Pedro Claver no comprende que al entregarse voluntariamente al Señor, también él está permitiendo que otro sea dueño de su vida. El pecado mayor de los amos no aplica a su definición de Dios -lo cual es evidente desde la ética cristiana en la cual se inscribe: “comprendió que la obediencia, como un ejercicio ciego de

⁴ Las citas tomadas de fuentes en audio o video serán señaladas con la letra *m*, indicando el *minuto* de inicio de la frase citada.

someterse al imperio de los superiores, sustituiría la tentación de un propósito personal” (Burgos, 2010: 59)-. Desde la ética objetivista, sin embargo, no existe diferencia entre satisfacer a Dios, determinado espíritu sobrenatural u otro amo particular (negreros portugueses, inquisidores españoles o nazis alemanes). Cualquiera de ellos, ya sea usando la fuerza o incitando el sometimiento voluntario por la fe, exige del otro una entrega desmedida y la negación de su propia vida:

La teoría mística se basa, explícitamente, en la premisa de que el patrón de valor de la ética humana se encuentra en la vida de ultratumba y responde a leyes o requerimientos de otra dimensión, la sobrenatural; es imposible para el hombre practicar la ética, ya que es inadecuada para él y se opone a la naturaleza de su vida sobre la Tierra, y debe aceptar la culpa por ello y sufrir durante toda su existencia terrenal, para expiar la falta de ser incapaz de practicar lo impracticable (Rand, 2006: 49).

Nada más explícito que el sufrimiento de Pedro Claver y el olvido de sí mismo. Es significativo que en su obsesión por salvar a los negros, y aún en los momentos de su extrema enfermedad, prefiriera “la vigilia y sus empeños aplicados a modificar, rescatar y salvar” (Burgos, 2010: 18). Necesitaba el dolor, la mortificación del cuerpo, para justificar y dar sentido a su existencia terrenal.

El altruismo hizo de él un esclavo y esa esclavitud es desde la ética objetivista mucho más reprochable que la de los negros o los judíos ficcionalizados en la novela, pues estos últimos gritan para protegerse de la devastación, luchan para que el dolor no se les lleve la vida, cantan para que no se olviden sus nombres, niegan el silencio y gritan, otra vez, hasta el agotamiento, para proteger los restos de sus memorias asesinadas. Pedro Claver, en cambio, cede a la presión de la ética altruista y se entrega voluntariamente; acepta y porta orgulloso su esclavitud. ¿Sería razonable que los esclavos aceptaran el maltrato, la memoria impuesta, el engaño, las vidas desalojadas, el comercio de sus cuerpos y la colonización de sus mentes a causa de verdades ajenas? Pues bien, eso es justo lo que Pedro hace: “su cuerpo arruinado por decisión propia y voluntariosas exigencias” (Burgos, 2010: 176), así como “su vida convertida en una ofrenda” (Burgos, 2010: 25) son algunas marcas del autosacrificio y la negación voluntaria de su existencia.

Felicidad-Sacrificio. Ante la pregunta por lo “que puede hacer un soldado de Dios en este mundo de locura y pillaje” (Burgos, 2010: 231), Rand ofrece una respuesta a favor de la vida, de la propia vida y de la felicidad:

El principio *social* básico de la ética objetivista es que, así como la vida es un fin en sí misma, todo ser humano viviente es un fin en sí mismo, y no el medio para los fines o el bienestar de los otros; en consecuencia, el hombre debe vivir para su propio provecho, sin sacrificarse por los demás y sin sacrificar a los demás para su beneficio. Vivir para su propio provecho significa que el propósito moral más elevado del hombre es el logro de su propia felicidad (Rand, 2006: 39).

La felicidad es un logro inalcanzable para Pedro Claver mientras insista en humillarse: “rogar”, “arrodillarse”, “aferrarse a oraciones y señales divinas” (Burgos, 2010: 95, 177, 178); mientras sus valores y la forma de obtenerlos estén determinados por elementos incuestionables sobrenaturales y externos a él; y mientras se entregue sin condiciones a una voluntad ajena “que lo llama con mensajes cifrados” (Burgos, 2010: 59).

El hecho de que esos mensajes sean cifrados demuestra que Pedro Claver no solo es incapaz de comprender la ética que orienta su existencia, sino que además “acepta la culpa por ello y sufre para expiar la falta de ser incapaz” (Rand, 2006: 49) de comprenderla. La renuncia a su mente como herramienta para comprender la realidad solo le ha dejado la posibilidad de obedecer, “no pensar demasiado y aceptar humilde la voluntad del Señor” (Burgos, 2010: 234).

Siervo entregado a los otros. El mayor logro de la vida de Pedro Claver es aceptar su condición de esclavo: “servir. Ser un siervo del Señor. Sí. Siervo. Servir. Servidumbre. Servicio. Servidor. *Servus*” (Burgos, 2010: 243).

Al iniciar su vida en las Indias, Pedro Claver aún se permitía la libertad de pensar: se preguntaba si “acaso existía la voluntad del Creador”, si “en esa decisión de conocerla [...] se escondía el pecado de entregarse ciego, sin discernir, a una instrucción ajena, que terminaba por negar los méritos y los descalabros del uso del don de la libertad” (Burgos, 2010: 180) y si “sus bautizos, confesiones, alivios y misericordias [...] habían influido en la liberación de *los negros*” (Burgos, 2010:

96). Incluso “recibió la convicción rotunda de que él había perdido su tiempo” pues “ni la compasión, ni la caridad, ni la razón convencieron a nadie de establecerse en este mundo sin destruir al otro desconocido” (Burgos, 2010: 62). Más adelante la duda y la posibilidad de las preguntas se tornaría insoportable para Pedro: “su decisión de ser siervo de los esclavos y entregarse a esa servidumbre constituía su oblación al Señor. Rechazaba entonces los pensamientos. Consideraba que tomada la decisión había que dedicarse a ella [...] Si uno es siervo, sirve, sin preguntarse para qué sirve servir” (Burgos, 2010: 230).

La vida en ese momento es una entrega sin condiciones; un destino impuesto en el que sobran las preguntas; y una labor en la que no importan los resultados porque entre otras cosas, serán resultados “que él no consideró y que tampoco se los propuso como logro” (Burgos, 2010: 230). El cambio notable en el discurso de Pedro Claver se explica en los siguientes términos desde la ética objetivista:

Para practicar la ‘virtud’ de la fe, un hombre debe estar dispuesto a abandonar su objetividad y su capacidad de juicio: a vivir con lo ininteligible, con aquello que no se puede conceptualizar ni integrar con el resto de sus conocimientos [...] Debe estar dispuesto a reprimir su facultad crítica, considerándola una culpa, y a ahogar toda pregunta que surja como protesta (Nathaniel Branden citado en Rand, 2006: 53).

Llevar al extremo la práctica de esa virtud, asumir la fe como criterio básico para orientar la vida y las acciones, ha hecho que Pedro pierda toda noción de supervivencia y confianza en sí mismo. Se puede admitir, por tanto, que “la irracionalidad es el rechazo del medio fundamental de supervivencia del hombre y, en consecuencia, implica condenarse a un curso de ciega destrucción” (Rand, 2006: 36). Al respecto, conviene preguntarse por qué Alonso de Sandoval, personaje que se recrea en circunstancias parecidas, no sucumbe ante el misticismo y la irracionalidad.

Alonso de Sandoval y la batalla con lo que no se dice

En la valoración crítica de la obra de Roberto Burgos Cantor, Sánchez (2009: 233) expresa lo siguiente sobre la relación entre Alonso de Sandoval y Pedro Claver:

Las conciencias de Pedro Claver y Alonso de Sandoval, como conciencias desgarradas y desgraciadas, encuentran en el sufrimiento, la obediencia y la compasión, con alivio, por los negros, su alternativa moral. Alonso de Sandoval encarna, más allá de Pedro Claver, una ruptura. Se subleva éticamente como gran intelectual de su tiempo, que comprende que la infamia no se remedia sino acabándola.

La figura del intelectual es esencial para comprender la diferencia entre una vida heroica y el estado miserable al que Pedro Claver conduce su existencia. Aunque al final el deterioro y la enfermedad son inevitables, Alonso de Sandoval, a diferencia de su amigo Pedro, convirtió su vida en una batalla con las palabras: “su libro surgirá de una batalla con lo que no se dice, con la saña que se niega por años y años y endurece la sensibilidad hasta que extirpa la misericordia y deja al mundo suelto a la porquería de sus infamias, a la proclive insistencia en destruirse” (Burgos, 2010: 101). Alonso exigió de sí mismo valentía para comprender el horror; “sigilo y astucia para eludir la asechanza de la Inquisición” (Sánchez, 2009: 233); rigor para enfrentar la maldad; y disciplina para escribir en un mundo donde “las palabras *ya no* son esencia de lo que nombran» y «nombrar *no* es revelación” (Burgos, 2010: 15).

La labor de Sandoval es una exaltación de la racionalidad como “virtud básica del hombre” (Rand, 2006: 36). Virtud entendida como “el reconocimiento y la aceptación de la razón como la única fuente de conocimientos que un hombre puede poseer, su único juez de valores y la única guía para sus acciones” (Rand, 2006: 36). No es extraño pues que “el vicio básico” de Pedro Claver, “el origen de todos sus males” haya sido “el acto de desenfocar su mente, la suspensión de su conciencia, lo cual no equivale a cegarse sino a negarse a ver, ni a ignorar sino a negarse a saber” (Rand, 2006: 37).

En diferentes momentos de la narración, la voz de este personaje encarna una vida que surge del pensamiento, la virtud y el perfeccionamiento. Una vida que se enaltece en la batalla contra el dolor y la tiranía impuestos por las circunstancias y que reivindica la grandeza del espíritu humano. La grandeza de Sandoval radica

en la valentía de haber resistido lo insoportable sin perder su amor por la vida y sin negar la belleza de la existencia:

Usted [Alonso] hará un esfuerzo por la vida. La subrayará y la testimoniará [...]. Hará lo que esté a su alcance para ser un huésped agradecido. Un habitante que se regocija gratificado por lo que vivió y se atreverá y propondrá el perfeccionamiento [...]. Para usted la vida responde. La muerte olvida (Burgos, 2010: 100-102).

A diferencia de lo que ya hemos visto en el caso de Pedro Claver, Alonso prefiere validar la existencia y encontrar razones para comprenderla. En lugar de ser siervo del Señor y entregarse sin medida a los designios de un Dios que se establece como mediador entre la vida y sus desgracias, le interesará reflexionar en torno a ese “mal de los males que es la muerte” (Burgos, 2010: 276) y actuará para que el miedo a ella no arruine la existencia:

Lo acosará la preocupación de que la muerte arrastra un desorden inevitable. Una especie de injusta descortesía con la vida. Reflexionará un momento sobre el sentido último que convertirá la vida en una preparación para la muerte. Se preguntará si tal vez la vida da más vida (Burgos, 2010: 100).

En ese mundo al que ha llegado, en el que la vida se descompone en la oscuridad del autosacrificio y las disciplinas excesivas impuestas por fe, la salvación de Alonso de Sandoval será el pensamiento y el uso decidido de la razón. En contraste también con lo dicho sobre Claver, el cual renunciaba a su mente como herramienta para comprender la realidad, Sandoval rechaza los dogmas incuestionables y piensa en la escritura de su libro y en las formas de erradicar los abusos del poder en la humanidad. Piensa porque las palabras, la insistencia en las preguntas, el acercamiento a los hechos y la reflexión sobre ellos serán las únicas herramientas que le ayudarán a comprender la realidad y a evitar la caída desesperanzada en el abismo del Nuevo Mundo. Y piensa, sobre todo en los últimos días de su vida, en su amigo Pedro Claver y el estado desgarrador al que llega su existencia:

Pedro ignorará que Usted lo observaba noches completas en que se castigaba con unas cuerdas anudadas, de las que desechan las naos del puerto, y recorría los corredores del convento y del colegio mientras cargaba una cruz de madera pesada de guayacán y se producía heridas con pedazos de alambre oxidado que ceñía en la cabeza y recibía la sangría inmisericorde de los mosquitos carniceros [...]. A Usted

le llegará sin esfuerzo un recuerdo [...]. Usted escuchó por primera vez lo que le diría Pedro con frecuencia: la realidad enloquece (Burgos, 2010: 103).

La realidad enloquece a Pedro Claver porque como hemos dicho, él ha renunciado a la posibilidad de entenderla mediante el uso de la razón. Conviene insistir en la distancia de Alonso de Sandoval respecto a esa característica y observar cómo en los capítulos de la novela dedicados a él, el discurso del narrador devela interesantes coincidencias entre el autor jesuita y la virtud de la racionalidad señalada por Rand. Exploremos tres de esas coincidencias.

La primera consiste en reconocer la razón como guía fundamental para sus acciones:

La razón [...] esa clarividencia que guía los actos y articula su correspondencia con la intención más allá de la dificultad más allá del impedimento más allá de aquello ínfimo que se conoce más allá de la codicia la vanidad el interés medible de cada hombre (Burgos, 2010: 268).

En segundo lugar, es notable el desprecio de Alonso por la ignorancia y la falta de inteligencia:

Usted [Alonso] estará convencido de que quien conoce respeta. Despreciará el atrevimiento de los imbeciles. Ya sabrá que quien reconoce el obstáculo de la ignorancia está en el sendero del conocimiento [...]. Rechazará las soluciones fáciles. Se impacientará con los procesos del Santo Oficio que considerará estúpidos; con sus dictámenes que carecerán de estudio y no aplicarán la inteligencia (Burgos, 2010: 269,277).

Y finalmente, observamos en el personaje una postura crítica hacia los dogmas de la fe. El narrador expresa, por ejemplo, que “el dogma aprisiona el alma, la deforma” (Burgos, 2010: 268) y que “si Pedro Claver y [Alonso] comprenden la esclavitud como un mal inadmisibles que debe desterrarse del mundo de Dios y los reyes y el Papa, el alivio no será la acción cristiana” (Burgos, 2010: 277).

Ahora bien, hablar de una clarividencia que procede de la razón, del rechazo a las soluciones fáciles o del reconocimiento de la ignorancia como un obstáculo, sitúa a Alonso de Sandoval en un contexto en el que la razón adquiere una importancia radical. El hombre racional, retomando a Rand (2006: 75) es aquel que “no juzga sus intereses por una derrota en particular, ni por el alcance de un momento dado”

sino que “vive y juzga a largo plazo, y asume la plena responsabilidad de saber qué condiciones son necesarias para alcanzar sus metas”. Alonso de Sandoval estaría en consonancia con esta idea en tanto las derrotas particulares de su existencia, el dolor, la postración de su cuerpo y la imposibilidad de escribir la posdata a su tratado, no lo llevarán a reformular el objetivo al que consagró su existencia, su meta más preciada: la libertad.

Usted [Alonso] quitará las endeble excusas con las cuales unos justifican el desprecio y la subordinación de otros. El acto innoble mediante el cual les robarán la libertad. Usted se asustará con la idea: la libertad será la vida. O la vida apenas será posible en libertad (Burgos, 2010: 270).

Alonso “estará sumergido en el rastreo de la libertad y no encontrará razón valedera para desconocerla” (Burgos, 2010: 273). Pedro en cambio “se entregará al silencio de la acción y no descansará más y dejará de preocuparse por los conceptos y los terribles problemas [que le planteaba] la libertad” (Burgos, 2010: 102).

El punto culminante de la oposición entre estos dos personajes radica, precisamente, en la batalla que Alonso de Sandoval fue capaz de librar contra la esclavitud humana. Y esta batalla, su valor y su significado, se aprecian –más que en la posible liberación de los negros o en la erradicación de ese mal que consistía en creerse dueños de otras vidas-, en la riqueza que aporta al individuo la conquista de su propia libertad. Y esta riqueza se aprecia, a su vez, en la fuerza, la valentía y el poder que Alonso de Sandoval ha sido capaz de conquistar por sí mismo para el beneficio y la afirmación de su propia existencia.

A modo de cierre

Los personajes aquí analizados, como hemos visto, recrean dos conceptos claramente diferenciados: autosacrificio, en el caso de Pedro Claver y libertad del individuo en el de Alonso de Sandoval.

Tal como se planteó atrás, las desgracias, como la guerra y la esclavitud, son producto del predominio de las explicaciones místicas que el hombre da a la

existencia, de la pérdida de su autoestima y de la deslegitimación de la razón. Esto ha sido una constante a lo largo de la historia, lo cual se puede verificar en el análisis realizado de los personajes de la novela histórica del escritor colombiano Roberto Burgos Cantor. Detengámonos en estos dos aspectos.

El misticismo se ha puesto a prueba en la recreación que Burgos Cantor hace del personaje histórico Pedro Claver gracias a las decisiones que orientaron la existencia del jesuita, gracias también a su decidida consagración a la salvación de los esclavos a través de la fe como si esta fuera la única forma de conquistar la libertad de los hombres. Por otro lado, se puede señalar que las disciplinas excesivas para ser Siervo del Señor son la otra cara del misticismo que representa Claver en la novela del escritor caribeño.

A lo anterior se añade que el deterioro del personaje es proporcional a la pérdida de la confianza en sus capacidades para comprender la realidad: la renuncia a su posibilidad de pensar y dar respuestas a un mundo que traiciona la vida y la felicidad lo lleva a asumir la muerte como única salida, es decir, como recompensa. Esta postura es la misma que asumen aquellos que encontraron en la comunión con Dios una forma de aceptar el dolor y la desgracia.

En el discurso ficcionalizado de Burgos Cantor, Claver encarna “el pavor de una vida destruida antes de la muerte” (Burgos, 2010: 32); esto es, una vida que niega la vida porque espera encontrar respuestas más allá de sí misma. A pesar de esto, que aquí observamos como un tributo a la muerte y una exaltación de la miseria y el dolor, llama la atención que existan individuos para los cuales es válida la recompensa de Pedro. De hecho, las acciones que deterioran al personaje encuentran su justificación en las ideas altruistas sostenidas por diversas tradiciones religiosas. Parafraseando a Rand, el criterio moral para evaluar una acción ya no se determina por el valor de la acción en sí misma, sino por los hombres que se benefician de ella. Un ejemplo sencillo de esto es el siguiente: si Pedro Claver hubiera decidido sacrificarse a sí mismo en su propio provecho

diríamos que su acción es egoísta, malvada o desprovista de toda moralidad. Sin embargo, esa misma acción adquiere un carácter moral cuando se piensa en beneficio de los negros esclavos. Así, aunque la vida de Pedro Claver es una renuncia a sí mismo y una entrega desmedida a los otros, la lógica altruista hace pensar en él, no como un egoísta suicida sino como un Siervo del Señor, un santo que merece ser alabado.

Veamos ahora el caso del personaje Alonso de Sandoval. Si el acto altruista por excelencia -ese que se celebra en homenaje a las vidas destruidas de los esclavos-, es el autosacrificio en Claver; entonces, el acto de conciencia -olvidado por las generaciones a través de la historia-, es la búsqueda de la libertad en Sandoval. En este personaje encontramos el carácter de un hombre racional que afirma la vida y que actúa en contra de la muerte porque sabe que ella es insondable y no constituye una respuesta, tampoco una recompensa. El personaje afirma también la valentía de un hombre que se atreve a cuestionar lo incuestionable -el silencio de Dios, la injusticia de los abusos del poder, la maldad irremediable y la absurda imposición de las ideas-. El carácter racional del personaje se verifica, finalmente, en sus reiterados esfuerzos por comprender la realidad y encontrar motivos para disfrutar la existencia.

Conviene agregar, cerrando el contraste entre los personajes y su relación con las desgracias en la historia de la humanidad, que así como Pedro Claver entregaba su vida al servicio de los esclavos, hoy, varios siglos después, también existen hombres dispuestos a sacrificarse. La atribución no es arbitraria si pensamos, por ejemplo, en la aceptación actual de las ideas colectivistas que sostienen la primacía del grupo sobre el individuo, del bienestar social sobre el deseo individual, o del bien común sobre los intereses particulares.

La libertad, en un contexto como este, demanda racionalidad y coraje para enfrentarse al dominio de las mayorías y luchar contra la tiranía de la igualdad y la

condena a la diferencia. Esta tiranía se funda, desde una mirada objetivista, en los matices de una humanidad que renuncia a su posibilidad de ser libre y que desconoce los principios de una ética racional que enaltece la vida y la felicidad. La propuesta ética de Ayn Rand es, precisamente, una invitación a superar el destino irremediable del ser humano y a transformar la existencia en un acontecimiento heroico, entendido lo heroico como “aquello que tiene un propósito razonado, ingenioso, inteligente, desafiante...” (Rand, 2006: 93), que tiene que ver, quizá, con la vida recreada de Alonso de Sandoval en la novela de Burgos Cantor.

Bibliografía

Ainsa, Fernando (2003) *Reescribir el pasado. Historia y ficción en América Latina*. Mérida-Venezuela: Ediciones El otro, el mismo.

Burgos, Roberto (2010). *La ceiba de la memoria, 2ª ed.* Bogotá: Seix Barral

Castillo, Ariel (2009) “La Cartagena no velada de La Ceiba de la memoria”. En: A. Castillo y A. Urrea (Eds.) *Memoria sin guardianes*. Bogotá: Editorial Maremágnun.

García-Corrales, Guillermo (2009) “La poética de la melancolía y la nostalgia en la narrativa de Roberto Burgos Cantor”. En: A. Castillo y A. Urrea (Eds.) *Memoria sin guardianes*. Bogotá: Editorial Maremágnun.

Lukács, George (1937) “La forma clásica de la novela histórica”. En: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores (Visitado el 2 de febrero de 2012).

Montoya, Pablo (2009) *Novela histórica en Colombia 1988–2008: entre la pompa y el fracaso*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Olaciregui, Julio (2009) “Roberto Burgos Cantor. El hombre que escribe historias para alejar el miedo”. En: A. Castillo y A. Urrea (Eds.) *Memoria sin guardianes*. Bogotá: Editorial Maremágnum.

Peikoff, Leonard (1977) “La filosofía de Objetivismo. Resumen publicado originalmente en el libro *The Ominous Parallels*”. En: <http://objetivismo.org/la-filosofia-de-objetivismo-un-breve-resumen> (Visitado el 10 de febrero de 2012)

Rand, Ayn (1980a) “Sobre la virtud del egoísmo. Entrevista en *The Raymond Newman Journal*, programa de radio”. En: <http://youtu.be/INu1nNAir8A> (Visitado el 10 de febrero de 2012)

Rand, Ayn (1980b) “Razón y Misticismo. Entrevista en *The Raymond Newman Journal*, programa de radio”. En: <http://youtu.be/st7BzTCIOFA> (Visitado el 10 de febrero de 2012)

Rand, Ayn (2006) *La virtud del egoísmo*. Buenos Aires: Grito Sagrado Editorial.

Restrepo, Eduardo (2005) “Sobre las ediciones y características de la obra de Alonso de Sandoval”. En: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/396/39600302.pdf> (Visitado el 12 de febrero de 2012)

Sánchez, Ricardo (2009) “Una mirada histórica a La Ceiba de la memoria”. En: A. Castillo y A. Urrea (Eds.) *Memoria sin guardianes*. Bogotá: Editorial Maremágnum.